

A close-up photograph of a woman's face, focusing on her mouth and nose. She is blowing a large, perfectly round, white bubble of gum. Her lips are painted a vibrant red. The background is dark and out of focus, making the subject stand out. The overall mood is intimate and playful.

Bilografía Salvaje 2

# Reina

Una novela de

**Bebi Fernández**

España, año 2020. La vida de Cassandra Fernández transcurre entre libros e intentos por superar su pasado, pero todo se tambalea cuando su mayor enemigo hace acto de presencia de la peor forma posible, dando lugar a una cruenta guerra fría donde la estrategia, los negocios criminales y los límites entre el bien y el mal se difuminan, y en la cual la protagonista se debatirá internamente entre la venganza y la justicia, librando también una batalla interna donde tendrá que averiguar quién es en realidad.

Mientras todo ocurre, el amor y la amistad parecen ser más difíciles de comprender que nunca. Abrir el cajón donde guardaba las piezas de ajedrez no será fácil, pero Cassandra Fernández ya no es solo una joven valiente y necesitada de conocer su destino, sino una salvaje mujer dispuesta a ganar la partida —o quizás no.

## Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Es la batalla que libramos lo que determina...

A principios de marzo del año 2020...

EL TABLERO

Kassandra pasó los minutos...

El día siguiente a la noche...

De su cuerpo extático, en plena ebullición...

En torno a las cuatro de la tarde...

EL HIELO

Cuando la guerra de Kosovo terminó...

Marcellus Tareov apretó el botón...

El niño miraba ensimismado...

LOS HOMBRES DE LA TIERRA

Kassandra comentó el plan con Maisha...

Un aburrimiento agudo parecía...

Al llegar, Isam, el amigo del hermano...

Era más bajo de lo que ella...

Al llegar al despacho, el traficante...

LUZ Y OSCURIDAD

—Solo una copa —había dicho Noa...

Maisha saludó y se disculpó...

El día de su partida, un desagradable...

No quedó un solo hombre...

Kassandra y Katia hablaban apoyadas...

MATAR O MORIR

—¿La ves? Hay gente que dispara...

Entró veloz al tatami, entre...

Alicante es una ciudad...

QUE EMPIECE EL FUEGO

Una vez se hubo instalado...

Cimino, Cigioc y Mauricie, conocidos...

Kassandra y Katia charlaban...

¿QUIÉN SOY?

Mihail apuró el último trago...

Todas las alumnas sacaron sus cuchillos...

Cuando Marcellus Tareov habló en privado...

No sería una afirmación descabellada...

Aisha aprobó sin problema...

—«Monsieur» Sadiq —lo llamó de un grito...

La inquietud y el miedo enmarcaban...

HUNDE ESE CUCHILLO, YA ESTOY MUERTA

—Necesito ver urgentemente a Lenuta...

Continuó dando zancadas...

Las luces halógenas iluminaban...

—Va a abrir el club —espetó Bruna...

(¿ESTO ES AMOR?) ESTO ES LA GUERRA

Kassandra despertó a Maisha...

Todos estaban muertos...

El lugarteniente esperó sentado...

Llegaron al poblado ansiosas...

LA PARTIDA

Al entrar, Sadiq Alabi las estaba esperando...

Al verlas salir, algunas personas corrieron...

Caminaba por uno de los angostos...

La cachearon y la trasladaron inmovilizada...

Las dos granadas «sting» reventaron...

Dejó de correr durante unos minutos...

REINAS

La ronda de conferencias tenía...

Kassandra, rodillas desnudas en la hierba...

—Adivina a qué vengo —saludó Kassandra...

—Ismael, Ismael, Ismael...

—Parece que la línea de la criminalidad...

Nota de la autora

Es la batalla que libramos lo que determina en qué tipo de enemigo nos convertiremos. Y nadie debe olvidar que, en cualquier guerra, uno lucha también contra sí mismo.

A principios de marzo del año 2020, ocurrió algo que nadie, más allá de ciertos expertos en la materia o unos cuantos ávidos lectores de novelas distópicas postapocalípticas, pensó realmente que pudiera llegar a suceder. Un virus mortífero y en extremo contagioso, que se extendió por casi todo el planeta, provocó inevitablemente que se decretara la cuarentena para un gran número de sus habitantes, incluyendo en dicha medida a toda la población española. La realidad consiguió de nuevo superar la ficción y casi toda la sociedad civil —exceptuando aquellos servicios mínimos como farmacias, supermercados u hospitales— tuvo que abandonar toda actividad y recluirse en sus hogares por un tiempo indeterminado. Cassandra, que había llegado de Colombia a mediados de aquel determinante mes de febrero, no tuvo apenas tiempo para disfrutar de la sensación de melancólico goce que invade a su llegada a aquel que vuelve, tras un largo tiempo lejos, al lugar al que perteneció. Apenas pudo compartir unas pocas salidas con su madre, reencontrarse con algunas amigas, contactar con Maisha, a la que prometió llamar en cuanto regresara para mudarse a la casa en la que se habían conocido —que Maisha había alquilado en cuanto tuvo la oportunidad, como si, arriesgándose a rehacer allí su vida, desafiara a la vida misma y le restara al tiempo el tiempo que allí le robaron— y donde, en cuanto hubieron trasladado las pertenencias de Cassandra, irónico el destino, quedaron de nuevo encerradas durante meses.

Así pues, la vida tal y como la conocían se detuvo y Cassandra empleó su tiempo de confinamiento en acomodarse y ordenar sus pertenencias —su ropa, su escritorio, sus



trofeos de artes marciales conseguidos en Colombia, que expuso en una vitrina al lado de las sucesivas ediciones de la novela que había escrito junto a Marcela y que tan precipitado e inesperado éxito había cosechado en España tras su publicación, los recuerdos que Katia guardaba en la pequeña maleta bajo su cama, que consideraban, tanto Maisha como ella, otro simbólico trofeo, como si hubieran ganado o conseguido el premio de su libertad gracias o por la chica de aquellas fotografías.

Durante aquel año y medio en el que Cassandra y Bilma se habían ausentado para ir a estudiar tres cuatrimestres de su carrera en Bogotá, las cosas habían acontecido del siguiente modo: Ana, la madre de Cassandra, había dejado el pisito de las afueras para instalarse con su tía Gladis y sus dos sobrinas pequeñas, con las que ahora vivía; Aleksandra y Maisha buscaron ayuda en un centro para mujeres sobrevivientes de esclavitud sexual en Marbella (Málaga), donde Maisha pasó seis meses mejorando su español hasta que decidió volver a Alicante para trabajar, gracias a los contactos de una de las rescatadoras, como profesora de refuerzo de matemáticas en una academia para niños. Aleksandra terminó por establecerse en Marbella junto a dos buenas amigas a las que había conocido en el centro donde colaboraba como rescatadora aprendiz a la vez que, los fines de semana, trabajaba como camarera. Ambas, Maisha y Aleksandra, mantenían un flujo de contacto constante, no solo por la gran amistad que había nacido entre ellas, sino también por la ventaja que significaba que Aleksandra se dedicara a la tarea de ayuda a las víctimas, ya que aquello le permitía estar al día de la situación de las organizaciones mafiosas, sus lugares de asentamiento y los cambios y novedades que pudieran darse respecto a su funcionamiento. El temor que generaba la posibilidad de la reaparición del Rey de Corazones o sus hombres, que continuaban operando en España, aunque ocultando más que nunca su actividad, inundaba sus cuerpos a cada nueva información, y su

desaparición desde las redadas que siguieron a las denuncias no hacía más que acrecentar sus nervios, como si el silencio escondiera dentro de sí un reloj programado en cuenta atrás que en cualquier momento pudiera reaparecer o enviar a alguien para vengarse. Por suerte, la policía había brindado a las chicas una protección que agradecieron, y ni él ni sus hombres habían dado señales ni de vida ni de guerra durante aquel periodo.

Kassandra no había vuelto a ver a Ramsés. Tras su llegada, decidió acudir algunos días, durante dos semanas, a la cafetería en la que sabía que antaño desayunaba, con la única y sincera intención de regalarle un ejemplar de la novela, sin éxito. Una semana antes de que se decretara el estado de alarma en el país, Kassandra decidió dejar el libro al camarero más joven, con la esperanza de que pudiera hacérselo llegar y, para su sorpresa, obtuvo rápidamente la respuesta afirmativa del chico, que aseguró que conocía a Ramsés y que seguía yendo allí a desayunar con algún amigo muy a menudo, pero que, con la apertura de un nuevo gimnasio no recordaba dónde —el otro se había cerrado por reformas, información que Kassandra ya conocía, pues había pasado primero por allí—, parecía no haber tenido tiempo últimamente. El camarero añadió que tanto a Ramsés como a su primo Toni les iba muy bien y que no entendía por qué no concertaba una cita con ella para recoger su libro él mismo, aludiendo a lo que el pobre idiota se perdía por no querer ver a semejante mujer. Tras aquella zalamería innecesaria y babosa, Kassandra había dejado el libro al recaudo de su adulator y decidió no aparecer más por allí.

La universidad también quedó en suspensión y el último cuatrimestre del curso las clases se desarrollaron *on-line*, cosa que Kassandra agradeció en cierto modo, ya que aquello le ofrecía una estupenda excusa para no encontrarse de nuevo con Pablo de Lamo y sus estúpidos amigos. Confiaba en que la escasez de conocidos en común fuera de las clases y su propia ausencia en las redes sociales se-

rían suficientes para no tener que volver a verlo en mucho tiempo. Ciertamente, siempre había sido poco propensa a desarrollar su presencia en internet y, tras todo lo ocurrido, decidió evitarla de forma activa censurando fotografías o comentarios donde aparecieran ella o su nombre. Lo consiguió explicando a sus allegados que tanto la otra autora como ella misma habían tenido que escribir la novela con pseudónimos ya que, durante el proceso de documentación, habían desentrañado el funcionamiento de los clanes de algunas de las mafias operantes en el país, por lo que, por motivos de seguridad, tenían que preservar su anonimato a toda costa. Aquello convirtió la protección de su persona en algo serio —en efecto, lo era, pese a que las razones reales fueran otras—, y sus más íntimos tomaron la determinación de no subir ninguna fotografía en la que se la pudiera identificar y de defender, lo mejor posible, su anonimato en la red.

Su éxito como escritora le proporcionó unos ingresos que significaron un desahogo económico tanto para ella como para su madre, a la que pudo ayudar a devolver los préstamos que había tenido que pedir para liquidar las deudas de su padre.

¿Había la vida permitido de una vez que Cassandra pudiera centrarse en existir como una chica normal? ¿Había el destino decidido que la dejaría vivir en paz? De ningún modo, pues, ¿cuándo es el mejor momento para sorprender a un enemigo en la guerra o a un contrincante en el ajedrez? Exactamente el instante en el que el enemigo cree que la tregua se tornará definitiva y que todo está en calma; exactamente el instante en el que el otro jugador cree que todas sus piezas se encuentran aseguradas. Ese es el mejor momento para matar: cuando el otro piensa que es más complicado que nunca morir.

## EL TABLERO

*Alicante (España), año 2020*

—Bilma, si no aprietas el icono de la cámara que hay abajo, en el centro, no te voy a ver.

—No puede ser, ¡le estoy dando! En serio, te juro que le estoy dando a la camarita de los cojones, ¿por qué coño no me ves y yo a ti sí? Espera... —Bilma intentó resolver el contratiempo por vía externa al programa de videollamadas y, al fin, consiguió que su cámara funcionara. En tiempos de confinamiento, las llamadas a través de internet se habían convertido prácticamente en la única vía posible de contacto. Cassandra pudo entonces ver a su amiga, ataviada con un pijama rojo de algodón y un moño despeinado, a través de la pantalla de su ordenador—. ¡Lo ves! —exclamó Bilma—. ¡Te dije que no era el botón! Mi cámara estaba desconectada.

—Claro, porque no le habías dado al botón —replicó Cassandra.

—Pero al botón de la configuración general de la cámara, no al botón de la cámara en Skype —discutió Bilma.

—Pero no le habías dado al botón para encender la cámara, Bil. No le habías dado.

—Mira, me da igual —refunfuñó—, vamos a lo importante. Hay que hablar de algo.

—Lo sé —afirmó Cassandra. Hacía ya varios días que sospechaba que su amiga estaba preocupada y creía que el

motivo de las preocupaciones que la aquejaban tenía que ver con ella.

—Porque no solo te he llamado para comentar el trabajo de Penología —continuó—, aunque deberíamos hablar de ello luego, ¿qué clase de trabajo es ese?, ¿estamos en Determinación de penas o en Matemática avanzada? Esa mujer está obsesionada con los cálculos penales; que si el límite máximo de la pena superior en grado parte del límite superior de la mitad de su cuantía; que si el límite máximo de la inferior es el límite mínimo de la mitad menos un día, no entiendo una mierda. Por esto soy restaurativa y no punitiva. Dios, odio Penología. Es como Cálculo para tus amigas de Matemáticas. Todas odian Cálculo, ¿por qué? Pues porque hay asignaturas que no deberían existir, K, no deberían. Son un atentado contra la integridad neuronal, pero ahí sigue Penología, ahí sigue..., me parece indig...

—Dispara —la animó a hablar. Sabía que su amiga estaba evitando el tema trasladando la conversación hacia otro.

Bilma sopló. Cassandra pudo ver que su amiga se quedaba unos instantes mirando hacia un lado de su habitación muy seria, con semblante intranquilo, pero se resolvió a hablar tras unos segundos de silencio.

—Verás..., desde que llegamos, llevo semanas pensando en esto. Sabes que, en mi opinión, la tregua no es algo definitivo. Sé que tarde o temprano, aun protegidas, si saben que estamos aquí, vendrán a por nosotras. No descansaré hasta encontrarte y, con encontrarte, me refiero a tenerte enfrente —Bilma hablaba solemnemente y con la seriedad que el tema requería. Se advertía en su tono un afán por convencer a su amiga de sus razones y de algo más, que todavía no había sido expuesto, pero que estaba dispuesta a manifestarle y, sin vacilar ni dejar que su amiga replicara, como si tuviera ensayado su discurso, así lo hizo.

Kassandra escuchó en silencio.

—Como te digo, he estado pensando mucho. Un tema como este no puede no preocuparme. Yo no soy capaz, co-

mo tú, de hacer como que olvido e intentar obviar los peligros evidentes, me es imposible. Ojalá pudiera. Creo que me iría mejor —advirtió—, pero no puedo.

»Hemos estado mucho tiempo fuera. Casi dos años. Si te soy sincera, no creo que la protección que la policía ha brindado a quienes se han quedado aquí haya sido el motivo por el cual él no ha aparecido. A él no le interesa acabar con Maisha o Aleksandra, al menos por ahora. Ni siquiera con tu madre. Le interesas tú. Creo que es una especie de obsesión enfermiza. Lo que hizo en... —Bilma vaciló antes de pronunciar el nombre de aquel lugar, porque implicaba recordar también a su amiga aquel suceso— Marruecos lo demuestra. No estaba dispuesto a acabar contigo rápidamente, sino a terminar con tu parte más humana. Por lo que pude desentrañar de sus palabras, quería llevarte a su mundo para que lo gobernaras con él, tal y como dijo, como si de un capricho frankensteiniano se tratara. Te puso a prueba en el club. Quería saber cuáles eran tus puntos fuertes y dónde residían tus debilidades para poder aprovecharse de ello y destruir todo atisbo de luz en ti. Quería tallarte a su imagen y semejanza, volverte oscura, de hielo como él, porque, al fin y al cabo... —Bilma volvió al silencio. Cerró solemnemente los ojos unos segundos y respiró hondo, como preparándose para recitar un poema triste—, eres su hija.

En efecto, el análisis de Bilma distaba mucho de ser erróneo o superfluo. Estaba en lo cierto cuando argüía que el objetivo primordial de Nikola Tareov, en un principio, era instruir la, curtirla en la violencia a través de su exposición directa y del sufrimiento en propia piel, pero aquello salió mal y el hielo en el que quiso tallar su más bella obra e imprimir sus macabras aspiraciones, como un sello dinástico en la espada de un rey tirano, se transformó en un fuego naciente, decidido a extenderse y a arrasar todo a su paso. Nikola Tareov detectó en su hija la voluntad de poder y la fuerza brutal que todos aquellos que lo habían conocido

identificaban como sus rasgos más definitorios. Pudo comprobar que ella había heredado aquellas cualidades; unos atributos que a él le habían servido para convertirse en una despiadada aberración; el hombre transformado en mito de la crueldad, pero, llevado por su megalomanía y su orgullo, rasgos que también definían su carácter, no pudo siquiera imaginar que sería precisamente aquello que más identificaba en esa cría como producto de su legado personal lo que la transformaría en alguien que sería letal para su imperio. La espada que aquel rey mandó forjar, con su sello propio en la empuñadura, se había convertido en una adolescente, ya casi mujer, exacta a él, pero diametralmente opuesta en las ambiciones que ocupaban su corazón. Una flamígera futura reina engendrada por un gélido rey. El arma perfecta para destruirlo.

—Al negarte a unirte a él —continuó Bilma—, a ser como él, a formar parte de su mundo, intentará destrozarte el tuyo. Estoy casi segura de ello y por eso pienso que, en cuanto la cuarentena termine y lo informen de tu vuelta, actuará. Te quiere a ti y hará todo lo posible para terminar doblegándote ante él y su organización, porque lo que atrae a esos psicópatas no es la muerte, es el miedo. Los monstruos se alimentan del miedo, se crean y crecen gracias a él. Es gracias al miedo que ellos existen y es gracias al miedo que se convierten en monstruos cada vez peores, porque si algo define la categoría de un monstruo es su capacidad para conseguir que otros lo teman, ¿no es así? —preguntó retórica y, al ver que su amiga no contestaba por la atención que prestaba a sus argumentaciones, prosiguió con su discurso—. Cuanto más miedo es capaz de generar un monstruo, más grande y terrible se hace. Los monstruos y los miedos se alimentan los unos de los otros, pues tenemos que enfrentarnos a los primeros para poder luchar contra los segundos, y es muy difícil mirar al miedo a los ojos, K, muy difícil, pero tengo una amiga que dice que el miedo es como el dolor y que hay que sentirlo para acabar